

### *Francesc Rodon in memoriam*

Mataró es un paisaje urbano entre portuario, fabril y ferroviario, que inspira al paseante con móvil a fijar la imagen de una antigua chimenea solitaria, de una floristería umbría, de un ancla anunciando un comercio, de una lámpara modernista balanceándose ante una farmacia antañona, de un esgrafiado típicamente catalán, de un relieve modesto más o menos *noucentista*, de unos guisantes del Maresme en una verdulería, de un alto mural moderno ya vintage; de un puerto que reluce al sol como pintado por un *fauve*... Mataró es una sociedad civil pujante; un comercio de calidad; una notable oferta gastronómica; la memoria de un modernismo del que quedan espléndidas realizaciones arquitectónicas, recuperadas para el presente gracias a unas rutas turísticas municipales. Mataró es la memoria también de los años que pasó aquí el gran pintor uruguayo Joaquín Torres-García; la memoria luego del tiempo en que el Museo Municipal expuso, con valentía inusual por aquel entonces, a artistas emergentes, por ejemplo, en 1953, a un Tàpies todavía magicista y que ya triunfaba en Nueva York, y en 1960, y con el apoyo del admirable Club 49, a Moisés Villèlia, el mago del bambú, otro que residió aquí un tiempo, y al que por aquel entonces descubrían maravillados Miró, Joan Brossa y el propio Tàpies; unas instituciones culturales especialmente activas, entre las que destacan la Fundació Illuro, que nos acoge en sus espléndidas instalaciones, y la Nau Gaudí, que alberga parte de la rica colección de mi amigo el gran publicista Lluís Bassat.

Una vez más, de lo que se trata es de acertar en la selección de las obras a exponer en esta novena convocatoria del Premi de Pintura Torres-García – Ciutat de Mataró, felizmente puesto bajo la advocación del uruguayo universal (cuyo dibujo de la estación mataronesa, una de las ilustraciones de uno de los primeros capítulos de su autobiografía, fue elegido desde el principio como logotipo del certamen), y finalmente de elegir aquella que nos parece merecedora del galardón. He sido jurado en cuatro ocasiones anteriores, un honor que aprecio especialmente, y desde la primera de ellas me pareció admirable el ambiente de concordia reinante en el jurado, y sobre todo la dedicación y el entusiasmo, que nunca decae, de los convocantes, mis amigos los miembros de la Associació Sant Lluç per l'Art, gente estupenda, leída, viajada, de una apertura humana, una curiosidad por la cultura en sus más diversas manifestaciones, y una convivialidad, que a cada vez me vuelven a admirar, y a los que sólo les reprocharía que son tan discretos que a veces ni te informan de los rumbos de sus propias obras, que las tienen, y de entidad, y merecedoras de atención.

Calidad media alta de lo que este año ha resultado elegido a partir de la puesta en común de las valoraciones individuales de cada miembro del jurado, que en una primera fase fueron a partir de fotografías digitales que nos fueron enviadas por correo electrónico. Piezas de pintores ya consolidados, y otras de gente que empieza con buen pie. Esto último es siempre buenísimo: renovación de la cantera, darle su primera oportunidad a valores emergentes.

Propuestas abstractas, algunas de continuidad respecto de una veta lírica (las bellas lacas de Cristina Gamón), otras de investigación constructiva, yendo desde la geometría sensible (Lola Berenguer y la sevillana Pepa Satué, ambas desde El Egido), llegando a lo minimalista (el cuadro de Víctor Solanas-Díaz, inspirado en la música del norteamericano Morton Feldman), pasando por la tentación tridimensional, patente en la instalación de Juan Gil Zamora, o por el neo-op rigurosamente en blanco y negro de Miguel Hernández Sáez. En otro ángulo, la neo-metafísica en calma de Fernando Babío, de la italiana Rosanna Cassano con su *Portico giallo*, o de Elena Martí Zaro. En los dos últimos casos, la arquitectura como motivo de inspiración de la pintura. Hay aquí más cosas similares. De repente, reconocemos en un cuadro de Silvia Martínez Palou el emblemático edificio de apartamentos de la Meridiana de Oriol Bohigas, Martortell, y McKay. En la delicada *Pell de ciutat* de Carme Fageda, mataronesa de adopción, descubrimos una ensoñación urbana hermana de las de Paul Klee, Vieira da Silva o el propio Torres-García. Begoña

Cid, magrittianamente, proclama: *Esto no es una casa*. Cosas inclasificables, también, que no pocos artistas rehúyen las etiquetas, optan por el aislamiento, y desean, como le sucede a Guzpeña allá en su pueblo leonés, encerrarse en la soledad del estudio. Y así sucesivamente. Valgan sólo de muestra estos cuantos ejemplos (por supuesto habría muchos más que citar, pero el espacio manda), y pasemos a decir algo de la premiada de este año, y de los cinco finalistas que le hacen compañía en el palmarés.

La premiada, Jo Milne, pintora escocesa nacida en Edimburgo, incorporada a la escena barcelonesa en 1993, y hoy residente en una pequeña localidad leridana, lejos del mundanal ruido, tiene ya a sus espaldas una gran carrera, hecha sin aspavientos, sin meter ruido, parte de ella en compañía de quien fuera su compañero, Jordi Fulla, pintor también excelente, fallecido en 2019. Jo Milne obtuvo mención en la séptima y octava edición del premio. Este año nos fascinó a todos, desde el primer momento, su cuadro *Caminant en bucles labiríntics*. Si ya nos había interesado en la preselección digital, su presencia leve, la belleza de su superficie entre el gris y el blanco, la presencia delicada de ese caminar por bucles con algo de encaje y, sí de laberinto, todo eso se fue imponiendo. Muy buena pintura, y la sensación de que la autora de este cuadro persigue un proyecto que nos coloca ante la fuerza de lo frágil. Por mi parte, contemplando una y otra vez este lienzo misterioso, me acordaba de ciertas cosas del Henri Michaux pintor, y del concepto de *obra feble* desarrollado por el Antoni Llena de los inicios, y de los papeles y las piezas aéreas de la brasileña Mira Schendel. No cito estos tres nombres porque lo que sale de las manos de la escocesa se pueda parecer formalmente al trabajo de ninguno de los otros tres, sino por la sensación de *verdad* que emana de *Caminant en bucles labiríntics*.

También nos atrajeron, y también en todos los casos desde el primer momento, los trabajos de los cinco pintores a los que decidimos otorgar menciones. Como estas fueron todas ex aequo, me referiré a ellas por orden estrictamente alfabético.

Por mi parte, el trabajo de Gonzalo Elvira, pintor argentino nacido en la Patagonia, y afincado en Barcelona desde 2000, lo descubrí en Mataró, en la cuarta edición del premio, en la que también obtuvo una mención. Hoy sigo atentamente su trabajo, sobre todo gracias a Arco, la feria de arte madrileña, en la que se han visto cosas suyas en varias ocasiones. Sus figuraciones son siempre fruto de una búsqueda, de un buceo, apoyado por un fuerte bagaje intelectual, por regiones que le obsesionan. Recuerdo por ejemplo su muy interesante serie sobre la *bauhauser* Grete Stern, una fotógrafa alemana que terminó integrándose a la escena argentina. En el extrañísimo y muy seductor cuadro presente este año en el certamen, cuadro de iluminación en la sombra, *Los sueños de proyección*, Gonzalo Elvira nos coloca ante una escena que, como sucede a menudo en las suyas, nos lleva del lado de un cierto surrealismo, pero también del lado de los sueños goyescos.

También nos atrajo poderosamente, desde el primer momento, el cuadro *La conferencia de los pájaros*, de la pintora barcelonesa Alicia Marsans, hoy residente en esa tierra de pintores que es el Ampurdán. Cuadro de una sencillez casi franciscana, con algo de mágico bestiario medieval, y que posee la autenticidad y la valentía de la sencillez, del “como si nada”. Alicia Marsans es pintora esencial, que, continuando por el lado de la ornitología, sabe de las virtudes del pájaro solitario, cantada por San Juan de la Cruz e incorporadas a la reflexión sobre el arte de los pinceles por Ramón Gaya (al que tanto ella como yo tratamos, y quisimos) en un libro maravilloso titulado así, *Velázquez pájaro solitario* (1970), con cuya edición tuvo algo que ver, por cierto, Luis Marsans. Cantan alegres los pájaros de Alicia Marsans, que vive en medio de la naturaleza, que sabe pintar las plantas y las flores como nadie, y que tampoco desdeña las seducciones de una abstracción a lo Paul Klee.

En el cuadro *Atelier, Cendra 10*, del barcelonés Eduard Resbier, desde el título mismo estamos metidos en el espacio mismo de la creación, y en un proyecto de figuración que, partiendo siempre de escenarios cotidianos, los convierte en algo romántico y sublime (obras tuyas mucho más antiguas, de carácter abstracto, lo mostraban como un adepto de una poética a lo Rothko), con un punto de teatralidad muy bien medido. La palabra catalana *cendra*, es decir, en español, *ceniza*, nos indica que no estamos ante un pintor de cosas de mucha alegría, sino ante un melancólico. Su búsqueda incesante le ha conducido al mar, a los puertos y sus faros, a las altas montañas nevadas, a la soledad de las ciudades y de esos lugares donde como decía Candel la ciudad pierde su nombre, a zaguanes de edificios que no son sino sombra de lo que fueron... Le atraen también los interiores en desorden, y entre ellos el propio estudio, objeto de todo un ciclo de su obra, al que pertenece este cuadro. El estudio: el lugar en el que el caos se ordena, y donde surge la obra.

El cuadro siguiente es el titulado *Temporalidad*, del venezolano Luis Romero, otro forastero también afincado en Barcelona, en su caso en 2004. Nacido en Caracas, ciudad que fue hermosa y moderna, y hoy está claro que por desgracia es cada vez más invivible, Romero, pintor, arquitecto (en su obra se nota su formación como tal) e interiorista, el menos conocido del quinteto, nos propone, con un idioma próximo al hiperrealismo, aunque sin la frialdad que es nota dominante en aquél, la visión de un pasillo de un edificio moderno, visión en el que la luz entra por una celosía, cuya geometría, bien mirado, casi tiene algo de pieza cinética, lo cual en cierto modo nos lleva hacia los maestros venezolanos de esa corriente, que por lo que conocemos de la trayectoria anterior del pintor, le han influido, como le ha influido la contemplación de un ámbito tan extraordinario como la Ciudad Universitaria caraqueña, la gran creación de Carlos Raúl Villanueva, que inventó y practicó el concepto de integración de las artes, que ahí culmina en el Aula Magna, con su techo de Calder.

Por último, el cuadro *¿Quién quiere un rey?*, obra de alguien que ya obtuvo mención en la séptima edición, Gonzalo Sicre, pintor gaditano afincado de siempre en Cartagena, la ciudad más metafísica de España, es uno de esos interiores normales, y a la vez misteriosos, y siempre pulquerrimamente pintados, que son especialidad de la casa. Un interior a media luz, en el que cada objeto, incluida la alfombra de recargados motivos, y esos extraños marcos vacíos, brilla con la suya propia, y en el que desde el punto de vista cromático dominan los grises, los pardos, los malvas... Él, habitante de una *stazione termini*, ama las respectivas obras del norteamericano y celeberrimo Edward Hopper, pero también de Léon Spilliaert, el belga de Ostende en cambio desgraciadamente poco conocido fuera de su tierra natal, dos pintores cuyo rastro persiguió, en ambos casos en sus paisajes nutricos, en compañía de su colega y amigo Ángel Mateo Charris, resultando de ello sendas exposiciones conjuntas.

Sigue siendo estupendo estar con los amigos de Mataró, sigue siendo un gusto encontrarse con los compañeros de jurado (en estas reuniones, en las que lo normal es discutir, eso sí, educadamente, siempre se aprende), y sigue siendo estupendo confirmar la vigencia de obras ya consolidadas, a la par ver que descubrir a voces emergentes para las cuales la pintura sigue teniendo sentido. Sí, realmente, el premio mataronés es uno de los que de verdad cuentan, en el panorama actual, uno de los más plurales, y uno de los que permiten hacerse una idea más cabal de lo que se está cocinando en los estudios de las últimas generaciones.

JUAN MANUEL BONET